

expediciones antárticas, sobre todo para las que tengan lugar en invierno, no recomendaré bastante que se procure llegar donde haya pájaros bobos para proveerse de huevos en abundancia.



## CAPITULO X

### *Camino cerrado*

**S**OBRE las tres de la tarde del 5 de diciembre se había concluido la cartografía del canal de Orleans. Duse, que junto con el capitán había estado sobre el puente tomando algunas determinaciones con los compases de azimut, puso en orden sus libros de esbozos y empaquetó los instrumentos.

—Ahora ya estoy listo—dijo sencillamente.

El primer maquinista se encontraba sobre cubierta hablando con Karl Andersson, quien estaba recostado sobre los envases y barriles.

—Karlsen—gritó el capitán desde el puente,—¡ahora, á la estación invernall!

El maquinista miró arriba y sonrió contento.

Esta sencilla escena está todavía fresca en mi memoria, unida al recuerdo de un hermoso día de verano antártico.

El mar estaba como un espejo y no soplaba un hálito de viento. A lo lejos, hacia el norte y al otro lado del vasto estrecho, se vió la tierra rojiza, cubierta de nieve, de la isla de Livingstone, que parecía más elevada por la refracción. Hacia la tierra de Luis Felipe había una espesa neblina, pero á través de una faja estrecha que dejaba

libre el horizonte, apareció un trozo de montaña iluminado por el sol.

Los últimos días especialmente, había hecho un magnífico tiempo á propósito para el trabajo, con buena temperatura y mucho que hacer para todos. Realizamos provechosos dragajes, recogimos variados ejemplares botánicos, y además de algunas indagaciones geológicas, compulsamos multitud de límites topográficos dudosos. El problema geográfico referente al canal de Orleans, en su relación con el de Gerlache, había ocupado tanto nuestra atención, que solamente ahora, cuando el enigma estaba descifrado, pensamos en que el encuentro con nuestros compañeros de Snow-Hill estaba próximo á verificarse.

Ansiábamos tanto más reunirnos con ellos por cuanto éramos portadores del correo de la patria y de toda clase de novedades del mundo civilizado. Podríamos también comunicarles que nuestros viajes invernales á bordo del «Antártico» habían transcurrido sin el menor contratiempo, sintiéndonos satisfechos por los resultados de nuestros trabajos.

Ellos, á su vez, nos pondrían al corriente de cuanto les ocurriera durante la invernada; nos narrarían sus viajes en trineo y pondríamos término, en fin, á su vida solitaria. Esperábamos que los inmotivados temores que abrigábamos acerca de su bienestar se desvanecerían al verlos, y que nuestro encuentro sería motivo de júbilo para todos.

Estábamos perfectamente preparados para recibirlos á bordo. En el tope de proa del «Antártico» colgaban frescos cuartos de oveja y ocas silvestres de la Tierra del Fuego, delicadezas con las que les obsequiaríamos en la

primera comida que celebrásemos reunidos. Pensábamos adornar el camarote de Nordenskjöld con ramas verdes de haya, como elocuente saludo de otras tierras, hacia las cuales se dirigiera en su primer viaje de exploración.

En dos ó tres días teníamos la esperanza de llegar á Snow-Hill.

Después de haber capeado una tempestad del sur al abrigo de la Tierra de Luis Felipe, el día 7 por la mañana llegamos á la embocadura norte del estrecho situado entre la isla de Joinville y la tierra firme, estrecho llamado actualmente del «Antártico», en recuerdo de nuestra embarcación.

En dirección al estrecho de Bransfield observamos grandes extensiones de hielo compacto; el canal abierto cercano de la costa, por el cual pasábamos, se hizo más y más angosto, y el borde del hielo adyacente á la montaña de Bransfield se encontraba muy cerca de la tierra. El camino que habíamos de seguir parecía completamente cerrado á medida que avanzábamos: por todas partes nos cercaba el hielo, y sólo detrás de nosotros quedaba un estrecho camino de retirada que amenazaba cerrarse cuando menos lo pensásemos.

No nos quedaba otro remedio que retroceder, para buscar después, alrededor de las masas de hielo que se extendían al norte y noroeste, nuevo camino costeano la isla de Joinville.

Antes de tomar una determinación nos propusimos examinar atentamente desde tierra y escalando un paraje elevado, el estado del hielo en el interior del estrecho del «Antártico». Botamos una canoa al agua, y acompañado de Karl Andersson, Skottsberg y dos marineros, remamos hacia tierra en dirección á la montaña de Bransfield.

Trepamos inmediatamente á una gran elevación de hielo y cruzamos algunos canchales; debajo de estos había también grandes bloques de piedras que habían sido arrastrados indudablemente por el hielo del ventisquero. Las cimas de las montañas que sobresalen entre el hielo de tierra (elevaciones sin hielo), han sido denominadas con el nombre de montañas de Bransfield. Skottsberg se encargó de recoger muestras de musgo y liquen, mientras Karl Andersson y yo continuamos nuestra marcha sobre el hielo de tierra hacia el interior, en dirección á una bahía.

El derretimiento de la nieve que, según antiguas referencias, debía ser insignificante en las regiones sudpolares, podía observarse allí por todas partes. La superficie de la nieve en la tierra interior estaba en muchas partes cubierta de hielo liso, y á pesar de ello, ruidosas corrientes de agua se deslizaban por los declives.

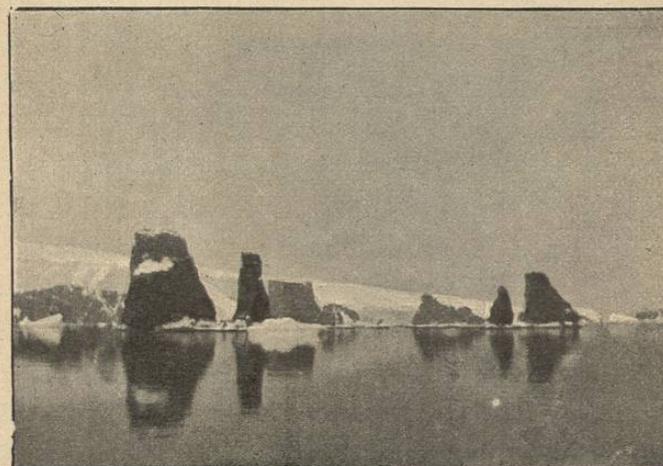
El hielo de tierra estaba surcado por numerosas y profundas grietas que alcanzaban en algunas partes más de un metro de anchura. La prudencia nos aconsejó adelantar con grandes precauciones, porque esas aberturas estaban casi siempre escondidas bajo traidores puentes de nieve blanda que tanteábamos con los palos, y cuando estos penetraban fácilmente, bastaba hurgar un poco en la superficie para que rodasen enormes témpanos con sordo ruido.

Asomándonos á estas aberturas pudimos observar debajo de la bóveda de nieve, hermosas paredes de hielo de color azul oscuro, que en lo más hondo parecen negras é informes cavernas.

Después de haber salvado algunas ondulaciones formadas en la superficie de hielo, que por su forma general

parecían olas solidificadas, llegamos á una tercera elevación desde donde logramos vista libre hacia el interior del estrecho.

Presentóse por primera vez ante mis ojos un paisaje que después, desde otro territorio algo más al sur, sería muchas veces mi punto de mira durante los monótonos días de una invernada forzosa: una vasta extensión de



Islas de rocas en forma de columnas en la isla de Pendleton.

tierra hacia al norte del estrecho de Bransfield y un círculo blanco, bajo é igual, que era la isla d'Urville. Desde el punto donde nos encontrábamos parecía una baja loma de hielo ó un cabo saliente de la isla de Joinville, pero durante nuestros sucesivos viajes hacia su costa septentrional pudimos observar que forma otra isla pequeña é independiente, completamente llana, que termina en el mar, isla escondida, que fué bautizada por nosotros con el nombre del explorador francés que hizo la primera cartografía de estas costas.

La costa oriental del estrecho del «Antártico» está

formada por extensas llanuras de nieve de las islas de Joinville y de Dundée, sobre cuyas onduladas siluetas, particularmente en la primera, que es la mayor, se yerguen los picos de las montañas salientes medio escondidas entre la nieve.

En la parte más meridional del estrecho hay tres islas, dispuestas de tal manera, que dividen la embocadura sur en tres entradas hacia el golfo del Erebus y del Terror. Bautizamos dos de estas islas, situadas muy cerca una de otra y separadas de la tierra firme por un estrecho muy angosto, con el nombre de Argentinas (isla de Uruguay y de Irizar), en honor al país que tan eficazmente auxilió á nuestra expedición.

La tercera isla ocupa el punto medio del estrecho, entre la isla de Navidad y la de Dundée; su forma es muy característica por sus acantilados altos y verticales y su rara cumbre cónica. Hay otras islas de aspecto exactamente igual en estas regiones, por ejemplo la de Bridgeman, en la parte más al noroeste de la cuenca de Bransfield, la de Paulet y otras más pequeñas en la parte más septentrional del estrecho del Príncipe heredero Gustavo al norte de la isla de Vega.

Según pudimos comprobar, bien por examen directo ó por medio de un estudio á distancia con el anteojo, están formadas estas islas por materias volcánicas, basalto y toba.

Como su naturaleza se relaciona con su forma, que siempre afecta poco más ó menos la de un cono volcánico, podría ser muy bien caer en el error de ver en ellas volcanes apagados. Sin embargo, un examen geológico más detenido, demuestra que estas pequeñas islas (á excepción tal vez de la situada aisladamente y rodeada de

grandes profundidades submarinas, isla de Bridgeman), son sólo restos de una gran formación volcánica, ahora dislocada y dividida, pero tal vez coherente en otro tiempo, y que forma la base de las islas Argentinas y de la parte limítrofe de la tierra firme, sin excluir las islas de Vega y de Ross. Es probable, aunque no seguro, que aquellas pequeñas islas características marquen puntos de erupción de productos volcánicos, cráteres, alrededor de los cuales se han aglomerado masas de basalto que por su mayor resistencia han aguantado mejor á la disgregación. A este grupo de islas volcánicas, cónicas y de orillas escarpadas, pertenece también en cuanto á su forma la isla de Cockburn, aunque está en su mayor parte compuesta de bancos poco firmes de piedra arenisca, sobre los cuales descansa un cono de basalto y toba.

La pequeña isla de la embocadura meridional del estrecho del Antártico, que nos ha dado ocasión para estas indicaciones geológicas, está completamente aislada, y por su alta mole es fácil de reconocer á larga distancia, viéndose ya desde el golfo antes de penetrar en el estrecho de Bransfield. Esta debe ser, pues, la que había visto Dumont d'Urville, y que con el nombre de isla de Rosamel marcó en su mapa del estrecho como situada entre la isla de Joinville y la Tierra de Luis Felipe (\*).

Pasadas las islas Argentinas y de Rosamel, disfrutamos vista despejada hacia el golfo del Erebus y del Terror, que se presentaba como una superficie de hielo de blancura deslumbradora, sin una sola faja visible de

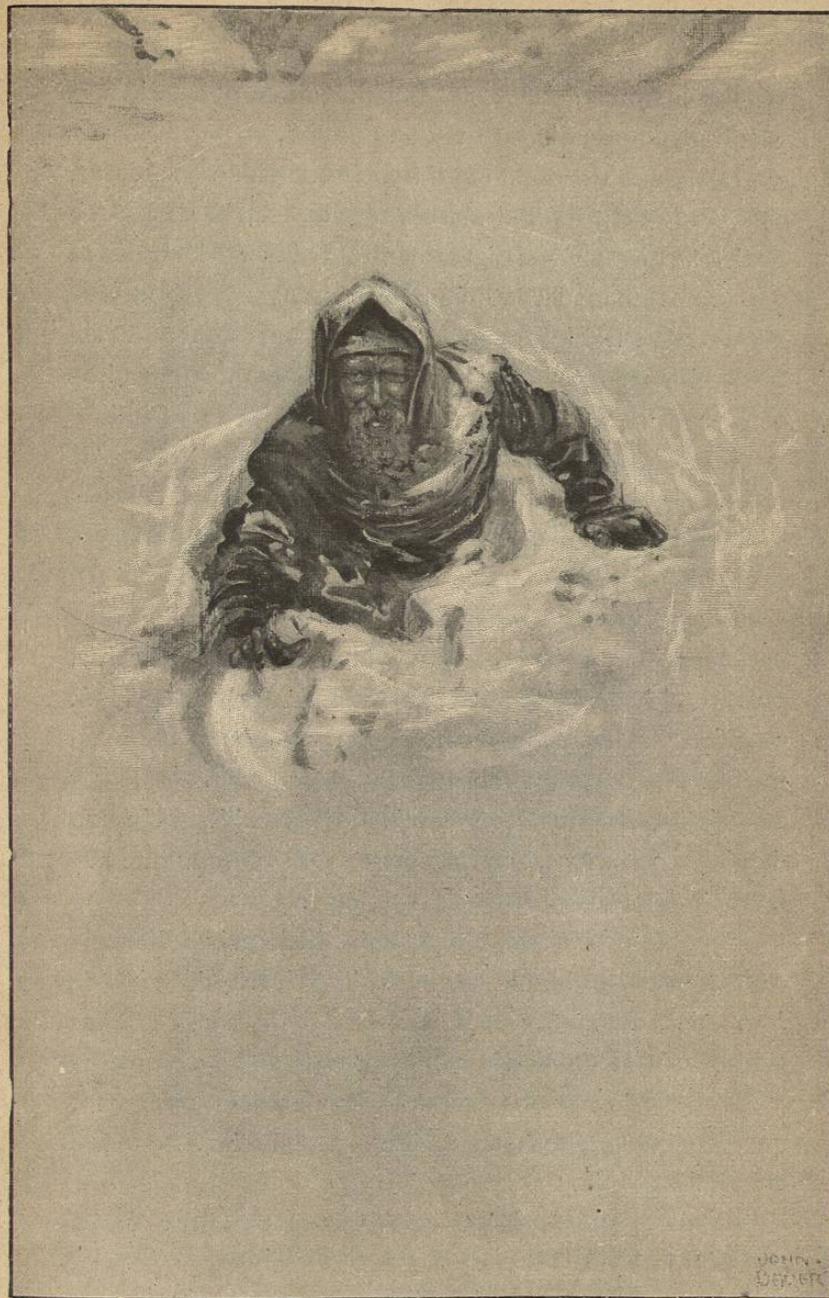
(\*) La isla alta que parecía ocupar la mitad del canal entre las dos tierras principales, recibió el nombre de Rosamel.—Dumont d'Urville. «Viaje al Polo Sur».—Segundo tomo, página 148.

agua libre. También el estrecho del Antártico se veía, hacia el norte de las pequeñas islas, cubierto de grueso hielo compacto, pero cerca de la isla de Joinville se encontraban algunos grandes claros, desde los cuales, á manera de estrechos canales, se extendían á través del hielo compacto hacia la montaña de Bransfield, donde se hallaba anclado el «Antártico».

Parecía, pues, probable que aunque pudiéramos avanzar algo en dirección á la isla de Rosamel, hallaríamos espeso hielo hacia el interior del golfo.

Cuando á las cuatro de la tarde volvimos á bordo y participamos al capitán el resultado de nuestro reconocimiento de los hielos, decidió que intentásemos penetrar en el estrecho.

Siempre que habíamos de entablar una verdadera y seria lucha contra el hielo, subía Larsen al barril de vigía y tomaba el mando. No había á bordo más que una opinión entre pilotos y marineros, la de que él jugaba con el hielo, como en un billar, de un modo admirable. Nunca estaba más en su centro que en el barril de vigía, cuando, desafiando los peligros, anudado al cuello un largo pañuelo obscuro, la gorra de piel bajada sobre las orejas y azotado por los vientos, miraba atentamente alrededor del buque. Estaba allí en continua actividad, ora buscando con el anteojo un camino hacia alguna altura muy lejana, ora calculando el modo de evitar próximos encuentros con los trozos de hielo situados ante la proa, bien mandando la maniobra necesaria para que algún inesperado bloque de hielo que se metiera debajo de la popa no alcanzase á la hélice. Daba un golpe en la campana de la máquina, la hélice de dos alas paraba en seguida y el buque había evitado tropezar con el obs-



Nuestro cocinero saliendo por la mañana de la cabaña sepultada en la nieve, después de una tormenta.

táculo y con ello el peligro. Dos nuevas campanadas y la máquina emprendía otra vez su marcha.

Las voces de mando al timonel se seguían sin cesar, y la rueda del timón giraba sin tregua.—«¡Fuerte á estribor!»—«¡Firme!»—«¡Ligeramente á babor!»—Después se oía una campanada, la máquina se paraba y el buque se adelantaba silenciosamente á través de un pequeño canal hacia el trozo que cerraba el paso. El «Antártico» chocaba contra él y lo hendía con estruendo, hundiéndose la proa algunos decímetros en el borde del trozo de hielo. El golpe corría como un temblor á través del pesado casco y se propagaba al tope mayor, donde el barril oscilaba fuertemente.

A veces el trozo resistía al primer choque. El buque entonces iba hacia atrás y volvía á embestir hasta que, por fin, el hielo se movía algo y se apartaba á un lado, mientras que los pequeños trozos cercanos se ponían en movimiento y el agua brotaba y burbujeaba. Al tercer empuje lográbamos generalmente nuestro objeto: el trozo de hielo crujía y rozaba los costados del buque que penetraba entre los hielos más pequeños.

Poco á poco internámonos entre hielo más flojo y alcanzamos por último los grandes claros, cerca de la isla de Joinville. A las nueve de la noche estábamos cerca de las pequeñas islas donde el camino se presentaba completamente cerrado por una espesa masa de hielo compacto, que llenaba el golfo hasta donde alcanzaba la vista desde el barril de vigía.

La parte más oriental de la isla de Uruguay estaba por el momento libre de hielo, y desembarqué en ella para hacer algunas observaciones geológicas. La isla se levanta verticalmente sobre el mar, presentando un alto

acantilado roquizo que desde lejos parece inaccesible: su aspecto general es caótico y triste: está formada por bloques regulares de basalto acumulado, unidos por masas de toba volcánica de color oscuro, alternando con otros bancos más claros, de color de ladrillo ó de chocolate.

Muy arriba, cerca del borde superior del acantilado, volaron numerosos pájaros que se encaminaron hacia el interior. La distancia era tan grande que nos costó trabajo conocerlos, pero por su color enteramente blanco y su vuelo rápido y esbelto comprendimos que eran *pagodromas niveas*, que seguramente incubaban entre aquellas rocas.

Merced á una desviación del hielo que terminaba cerca de la base de las rocas nos fué posible desembarcar. La superficie helada estaba sucia por los restos depositados por la tempestad y un par de bloques hundidos en medio de ella indicaba que el lugar no era seguro.

Como el tiempo que hacía era muy favorable para el deshielo, estaban aquellos parajes convertidos en un rezumadero y los guijarros caían desde el saliente de las rocas superiores. Me apresuré por ello á terminar lo antes posible mi visita á aquel inhospitalario lugar. El capitán Larsen demostraba, además, vivos deseos de que estuviésemos á bordo, porque el hielo flotante presentaba un movimiento muy visible á causa de las corrientes que pasaban en continuos y rápidos remolinos entre las islas.

Viendo que era imposible poder penetrar más al interior del golfo, ordenó Larsen al amanecer del día siguiente (8 de diciembre) salir como pudiésemos fuera del estrecho en busca de camino, costeano la isla de Joinville. Las gruesas masas de hielo eran ahora más espesas que

el día anterior, y fué necesario una empeñada lucha para poder regresar á la embocadura norte del estrecho. Había momentos en que se adelantaba tan sólo palmo á palmo, pero por último pudimos abrírnos paso y navegamos envueltos en la neblina y con la atmósfera obscurecida por los torbellinos de nieve, bordeando la isla d' Urville á lo largo de la costa norte de la de Joinville. Pero cerca del cabo Français encontramos de nuevo el espeso borde de hielo compacto: allí también estaba el camino cerrado. El único recurso que nos quedaba era seguir el borde del hielo que se extendía desde la isla de Joinville hacia el norte por el estrecho de Bransfield, para ver si en alguna parte se podía encontrar una abertura hacia el este, y por un movimiento envolvente lográbamos abrírnos paso en dirección al sur.

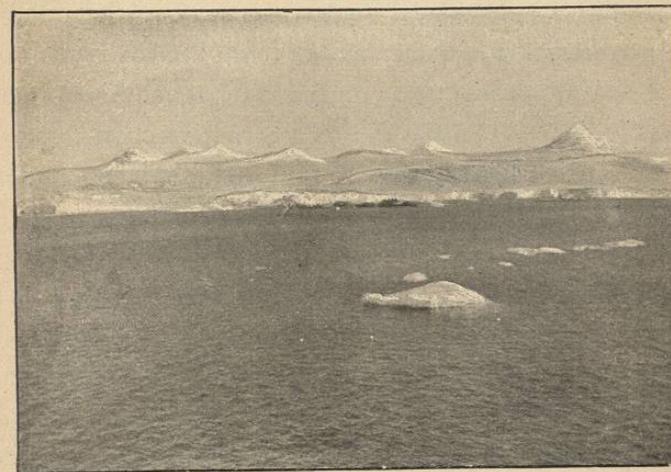
Aquel día (9 de diciembre) escribí en el libro diario lo siguiente:

«Las probabilidades de llegar á la estación invernal por un camino al este cada vez son más dudosas. Es necesario reflexionar sobre la posibilidad de ir á Snow-Hill por tierra desde el estrecho, cruzando la isla de Joinville ó desde el cabo de Roquemaurel. Aunque no nos comunicásemos nuestro pensamiento, nos preocupaba el retraso con que llegaríamos á Snow-Hill.»

El día 10 de diciembre por la mañana pudimos hacer rumbo al este sudeste, pero observamos pronto que únicamente habíamos entrado en una bahía que formaba el hielo compacto. Tuvimos, pues, que retroceder hacia el nordeste norte.

Mi plan de realizar el viaje por tierra, con preferencia desde el cabo Roquemaurel, fué entonces seriamente estudiado: Duse manifestó deseos de acompañarme.

La isla de los Elefantes apareció claramente por la mañana ante nosotros, y á las cinco de la tarde atracamos á un formidable iceberg con objeto de recoger hielo para llenar los tanques de agua. Después de la cena me paseé solo sobre el iceberg, que era muy desigual y compacto, y me impresionó vivamente el aspecto desierto de aquel mundo de hielos. Vi un grupo de pájaros bobos



Costa septentrional de la Tierra de Luis Felipe.

sobre un pequeño bloque. Algunas palomas del Cabo y un par de *oceánidos* volaron alrededor del iceberg, y un pagodroma pasó silenciosamente tocándome casi con las alas.

Durante los días siguientes, del 12 al 16 de diciembre, estuvimos encerrados entre el hielo compacto, á merced de sus movimientos. Dos veces se abrió el hielo de modo que el buque pudo andar despacio durante algunas horas, pero pronto se cerró de nuevo, y tan fuertemente aprisionó el barco, que oíamos desde los camarotes cómo el casco crujía y rechinaba. El movimiento del hielo nos